



ODAS DE HORACIO



APÉNDICES

(Continuación)

Para no embarazar el texto con diversidad de notas hemos preferido englobar nuestras observaciones en tres Apéndices.

I. Destínase el primero á demostrar con ejemplos los inconvenientes de la versión *ad litteram*.

II. El segundo versa sobre ciertas condiciones y circunstancias especiales del traductor de poesías, y lo que necesita poner de su propia índole y persona.

III. El tercero, por último, contiene dos juicios sobre Horacio, el uno de Menéndez y Pelayo su fervoroso adorador, y el otro de Voltaire, extremado en sentido opuesto.

Se agregan además, otras traducciones de las mismas Odas aquí contenidas, obra del mismo autor, pero de diferente factura, y en una *Calandrónica* se refuta una pseudo-crítica.

I

Los esfuerzos del general Mitre por acreditar su versión *ad litteram versa*, no siempre son felices ni pueden serlo: á veces

sus estrofas pierden el compás, la frase se disloca y oscurece, y el sentido mismo suele sacrificarse á las exigencias del método.

Lo harán ver unos pocos ejemplos tomados entre muchos.

En la Oda I, recuerda el poeta que Mecenas es nieto de los reyes etruscos, lo que el general traduce de este modo singular:

"Mecenas de reyes abuelos nacido".

Pero, Mecenas ni es hijo de sus abuelos, así sean reyes, ni lo es de reyes con nietos, como reza el verso. Este giro se dió á la versión para ajustarla en una línea, mérito, si lo es, que no compensa al dislocamiento del sentido.

Dice el traductor á la Fuente Bandusia:

"Te he de ofrendar mañana
Con el cuerno que asome, un cabritillo".

La ofrenda no se hará por cierto con ningún cuerno que asome, como aparece del texto á la vista, sino que consistirá *en un cabritillo de nacientes cuernos*, como dice Horacio.

La Oda a Néobule comienza relativamente bien; pero, al tercer verso salta la anfibología:

Desdichada la jóven sin amores
que no endulza con vino sus dolores,
y fustiga la lengua del tutor.

¿Quién no dirá que la joven sin amores es quien fustiga, cuando en realidad es ella la fustigada por la lengua del tutor? El régimen está pues transtornado en obsequio de la traducción línea á línea, y, como los dos versos anteriores, no expresa este último la idea del autor.

Por forzar á martillo muchos conceptos en breve espacio, suelen producirse enredos y oscuridad, como en la Oda á Licinio, donde encuentro, que:

... "á veces con la cítara,
Apolo al despertar calladas musas
el arco ablanda."

Todo aquí es anfibológico y oscuro, y uno se pregunta: "¿al despertar Apolo," ó "al despertar a las calladas Musas?" ¿Cómo *ablanda* el arco con la cítara? Esto parece decir, y lo dice por la construcción empleada, mas no por el sentido: debe entenderse, "al despertar á las calladas Musas con la cítara". Y ahora, ¿qué es eso de "*ablandar* el arco?" Supongo caritativamente que desarmarlo, desentesarlo, soltar su cuerda. Y, ¿qué son las *calladas* Musas? Esa es una expresión gongórica del Brocense para significar la vocación poética aún no despertada. El conjunto por sí solo no se explica.

Lo que dice Horacio es que Apolo no siempre tiene su arco armado, sino que á veces lo depone y toma la lira, para despertar con sus sonidos el numen poético en los mortales.

¿Está eso contenido en los versos anteriores? Muy á la letra será la traducción del general; pero, no poco infiel y oscura.

En otra ocasión, dirigiéndose á la Fortuna, la dice: que, "los tiranos,

tiemblan que su columna echas al suelo
con pie injurioso, y pueblo en paz, en armas
derribe sus imperios."

Ó dirá á Pompeyo Varo:

O tú, con quien he visto *trances últimos*
Bajo el pendón de Bruto militando.

Ó refiriéndose á la buena esposa de la "Vida del Campo," cuenta que; *ella*

... "ledo rebaño
en el cercado entretejido encierra;
seca sus ubres (ella); de la cuba saca
el dulce vino..."

Sujeto tácito, *ella*; atributo, "*seca sus ubres!*"

En esta oda se habla de la esposa modelo, ya sea una rubicunda Sabina ó una morena de la Apulia, y cómo tradujo Mitre? El dice "cual la Sabina de ágil Apulio", por creer que se trataba de una mujer llamada Sabina, esposa de un cierto Apulio á quien califica de ágil!!!...

Los romanos un día desenvainaron sus espadas antes ocultas y se lanzaron á la guerra civil. Entonces el poeta los apostrofa, y, según Mitre, les dice:

¿A dónde, á dónde vais la cruda diestra
con la escondida espada?...

Cómo! ¿La llevan *escondida* y en la cruda diestra?... Debió decir:

¿A dónde, á donde vais, alta en la diestra
la antes *ociosa* espada?

ó, la antes *oculta* espada.

El prurito de emplear las menos sílabas posibles como en los despachos telegráficos, conduce á semejantes oscuridades, y á veces á ciertas expresiones que me abstengo de calificar, como la siguiente del «Elogio de Druso» (libro IV, Oda IV):

Ó tal como leonzuelo en la pradera
que de la madre deja teta roja.

Es verdad que en el mismo número de sílabas pudo decirse:

Que de la roja madre el pecho deja

ó de otra manera, y entonces la culpa sería del traductor y no de su sistema, como cuando traduce:

«la *oveja audax* entre los lobos paca»

en vez de...—vaga el cordero entre atrevidos lobos
ó bien: —sin temor á los lobos va el cordero

(*inter audaces lupus errat agnos*)

El apretar las palabras para meterlas donde no caben, produce frecuentes contracciones y feas sinalefas, contrarias á la

eufonia y destructoras del verso, como, por ejemplo, estas que encuentro a mano:

- Goza en coger la pera ingerta, y *la uva*
 que vence á púrpura (*Vida rústica*)
 —No te muestres *como ahora* tan asiduo (*A Galatea*)
 —La luna *reñace* sus celestes pérdidas (*A Torcuato*)

Hay que decir *láuva, comodora, reñace!*... Nadie dirá que estos son endecasílabos yámbicos pasables, ni menos tomará por sáficos estos otros de la *Oda á Mercurio*.

«Levántate!—dijo al esposo joven—
 Levántate!—por que al eterno sueño
 vas a parar, si no huyes de mi padre
 y hermanas crueles,
 que cual leonas caen sobre su presa:
 va á desgarrar cada una triste víctima!
 Más tierna que ellas, yo no puedo herirte,
 no te retengo.»

Tal vocerío inharmónico será muy á la letra, pero traiciona á Horacio, y no da idea siquiera de este hermoso episodio de las hijas de Dánao, en que por la nobleza delicada de sentimientos el poeta se aproxima á la poesía moderna.

Séame lícito transcribirlo de un autor francés, á manera de descanso para el alma, y, aún que menos fiel á la letra, se verá que conserva mejor el espíritu del autor latino y da más cabal idea de la belleza de sus concepciones. Dice así:

Au flambeau de l'hymen une seule fidèle
 D'un père sans pitié trompa l'espoir affreux,
 Et rendit à jamais sa mémoire immortelle
 Par un parjure glorieux.

Son jeune époux dormait: lève-toi, lui dit elle,
 Lève-toi; ton sommeil pourrait être bien long!
 Tu ne soupçonnavs pas une trame mortelle,
 Fuis, j'ai des sœurs qui frapperont!

Laissez-les d'autre sang assouvir leur furie;
 La lionne des bois a moins de cruauté:
 Mais mon cœur est plus doux: ne crains rien pour ta vie,
 Rien non plus pour ta liberté!

Que mon père sur moi reporte sa vengeance;
 Pour prix de ton salud qu'il me charge des fers,
 Vas, j'aurai du courage et suis prête d'avance
 A mourir au fond des deserts.

Pars, compte sur les dieux qui sauront te défendre:
 De la nuit, de l'amour accepte les bienfaits,
 Et sur la tombe nue où dormira ma cendre
 Viens un jour graver tes regrets.

MOKE.

El alambicamiento suele convertirse en enigma, y de ello no citaré mas que un ejemplo, tomado del *Elogio de Druso*:

«Y nos sonrió por fin cereal victoria
 cruzando á Italia huestes africanas
 cual llama entre pinares
 ó Euro cabalga en ondas sicilianas.»

Otros agoten aquí su ingenio y su *vis interpretativa*: creo que el mismo Horacio renunciaría á entenderse en este pasaje de tan extraño modo trasvertido.

Cuando la traducción del venusino en manos de un erudito y un literato tan ilustre como el general Mitre, conduce á desperfectos como los señalados, fuerza es convenir en que el método empleado no es bueno ni adecuado á su fin. De él resulta un trabajo de mosaico que no revela al poeta.

Y no se crea que los defectos propios de este género de traducción, sólo se encuentran en la obra del señor Mitre, pues los maestros españoles, de Burgos á Menéndez, suelen exhibirlos tales y tan buenos. Como muestra escogeré un par de ejemplos de estos dos egregios autores.

Burgos, poniendo en verso el *Canto Secular*, al invocar á Ilicia protectora de los partos, tuvo que expresar esta idea "patrocina á la madre para que los hijos aumenten." ¿Cómo meter esa frase con sus artículos y proposiciones anti-latinas en un solo endecasílabo? ¿Cómo decir lo mismo desechando seis sílabas que hay de más? El señor Burgos lo hizo de la manera más original del mundo, diciendo así:

"hijos aumenten madre patrocina."

Esto no tiene más defecto que carecer de sentido. En otra ocasión dijo Burgos:

¿Quién lamenta bebido
De la milicia ó la estrechez trabajos?

(Lib. I, Oda XVIII.)

Menéndez Pelayo, *entabacado*, como diríamos nosotros, con el hipébaton latino lo repite tres veces en tres versos, produciendo este *caracoleo* una extraña sensación:

"Y el que cien bueyes os inmola blancos
Claro de Anquises y de Venus nieto
Clemente rija y poderoso el mundo."

Evitando tan artificioso contorneo impropio del castellano y de la tersura artística, puede decirse con las mismas palabras:

Y el que cien blancos bueyes os inmola,
Claro nieto de Vénus y de Anquises,
Rija clemente y poderoso el mundo.

Para los traductores á la letra parece hecho el dicho italiano *traduttori traditori*, ó lo que dijo un autor inglés: "they do not turn but overturn the original; they do not render, but surrender their authors' meaning." Entre tanto, lo que importa es trasladar el espíritu poético del autor con armonía, soltura y elegancia, aún cuando de las traducciones libres y airosas que resulten digan que son *des belles infidèles*.

II

Hay una condición, casi imposible, para acertar en la traducción. Es menester que el alma del poeta traductor esté templada al unísono con la del poeta traducido, y esa unisonancia de las almas sólo en circunstancias muy excepcionales llegará á producirse.

Hallarse en el mismo caso, trasladarse á Roma en espíritu, sentirse Horacio, empaparse en los pensamientos que él expresó, y luego reproducirlos al són de la lira castellana bien templada, hé ahí la obra del poeta. Un paso más allá y se tienen la imitación gloriosa, como la *Profecía del Tajo*, ó la inimitable *Vida campes tre* de fray Luis de León, ó, mirando á otro lado, la *Oración por todos* de don Andrés Bello.

En la realidad cotidiana de la vida eso no sucede: todos los traductores saben lo que á la letra dijo el poeta, mas no todos comprenden su alcance, lo que pensó y no dijo, lo que dió á entender, la impresión que quiso producir. Cada uno lo mira según el cristal de sus ojos, las más veces ahumado, y procura reproducirlo con el color con que lo ha visto. Habrá quien lo engrandezca, quien lo complete, quien lo reproduzca fríamente, quien haga grotesca la misma composición.

Sea ejemplo la *Oda a Nebbule* que pocos quieren traducir, porque carece de asunto determinado, y parece truncada é inconclusa. Su argumento es este: compadece el poeta á la niña á quien un ríspido tutor prohíbe que ame, y tanto más cuanto que ella no puede endulzar sus penas con el vino. El amor á Hebro la hace abandonar sus labores femeniles. Él sumerge su hombro de atleta en las aguas del Tiber, es jinete como Belerofonte, y en el pugilato y la carrera no tiene rival. Persigue á los jabalíes en sus ásperas guaridas, y no yerra flecha lanzada contra el ciervo que escapa por la llanura.

Traducido este cuadro, pide una conclusión que satisfaga al espíritu moderno para quien se traduce. Esa conclusión no puede salir del marco que trazó el poeta, y entonces la obra al parecer sencilla, es algo como restaurar el brazo mutilado de la

Venus de Milo, obra que muchos emprenden y en que todos fracasan.

Cada uno hace lo que puede, otros lo harán con mejor acierto. Entre tanto, creo que, sin ninguna profanación, puede concluirse la composición horaciana completando el pensamiento inicial, de modo que la primera estrofa y la última se correspondan:

¡Cuán infeliz la niña
á quien se contraría en sus amores,
y á quien le está vedado
endulzár en el vino sus dolores!

.....
Del Tíber en las ondas
sumérgese Hebro con aceite ungido....
Vélo Neóbula y piensa
que es más fuerte el amor cuando es prohibido.

Este rasgo final no existe en Horacio. Agregándolo se completa el cuadro y se produce la impresión deseada.

Ocúrreme que esta misma tela horaciana pudiera ser reproducida con cierta travesura cómica para dar idea de las variantes, de extremo á extremo, de que son capaces los traductores según su temperamento y disposición de ánimo.

Hagamos la prueba.

¡Ahí tenéis el *factum*, con su tinta fresca aún!

Su fondo es, sin duda, el mismo del original, y, sin embargo, la nota cómica en él característica, los separa por completo. El modelo es serio; la copia es alegre; pero, todavía no llega á la mueca bufona de la parodia.

Estimad la diferencia:

A Neóbula

(Lib. III. Oda XII).

En vano un tutor don Bártolo
á esta Rosina horaciana
le ha mandado que no ame,
y que se tenga á la capa.

Por la puerta de los ojos
metióse el amor en casa,
dió al traste con los sermones
y burló las ordenanzas.

Un mozo de la Liguria
tornó el seso á la muchacha:
de día como de noche
sueña con él la cuitada.

Tío y labores descuida,
anda desceñida y flaca,
viendo doquiera la imagen
de su ligur estampada.

Él es apuesto mancebo,
audaz y diestro en la caza:
acosa á los jabalíes,
ningún ciervo se le escapa.

Como púgil y discóbolo
no hay igual en la comarca,
y en la carrera el primero
todo el mundo lo proclama.

Cual nuevo Belerofonte
es un jinete de raza;
y en la palestra de Venus
siempre ha tenido vara alta.

Siendo éstas sus condiciones
se lo pelean las damas,

el tío tutor le teme,
y lo adora la muchacha.

Frente á su ventana un día,
después de lucha porfiada,
los hombros aún aceitados
y polvorosa la cara,

Arrojóse el ligurino
del fresco Tíber al agua,
y con la gracia del cisne
allí entre las ondas nada.

Ella lo contempla absorta,
en su vista deleitada;
más, derrepente cerróle
don Bártolo la ventana!

Viólo Horacio y lamentóse
de la niña y su desgracia,
y más, de que sus pesares
en vino dulce no ahogara.

Quedóse la niña á oscuras,
quedó el galán en el agua,
su zampona guardó Horacio,
y yo traduje la *paya*. (1)

¿Quiere esforzarse la nota hasta llegar á la parodia misma?
Nada más sencillo. Para no ser cansados, tomemos otra oda
distinta; por ejemplo la tan celebrada A PIRRA, y cambiando
una letra, una letra sola en el título, sin variar los elementos
esenciales ni el espíritu de la composición, hagámosla,

A Perra

¿Quién es, o Perra, el gozque relamido
que te acaricia entre tus propias rosas,
y á quien tú zalamera
le meneas la cola?

(1) *Payadores* se llaman en América á ciertos improvisadores del pueblo
y *payas* sus improvisaciones, á veces contiendas en verso al són de la guita-
rra. En este género sobresalen los *gauchos* argentinos y orientales.

Ah! tendrá que llorar el gozquecillo
 el desengaño que le des, traidora!
 Cree el cuitado que fiel á sus amores
 puede serla una perra!... Tumultuosas
 se alzarán tus pasiones cual los mares
 que agita el viento en noche desastrosa.

Él, que goza la flor de tus encantos,
 cree suyas tus primicias amorosas.
 ¡Quién fue deslumbrado en tu pureza
 se entrega á la falacia de las olas!

Del naufragio salvé, salí á la playa,
 y de Neptuno en la pared añosa
 dejo un recuerdo... y voyme escarmentado,
 o, grandísima Perra, de tus rosas!

Tengo la seguridad de que el pensamiento de Horacio se exhibe mucho mejor en esta festiva parodia, seria en su género, que no en la traducción más severa, relamida y ajustada al original lleno de reticencias, como es la siguiente:

A Pirra

¿Quién es ese mancebo delicado
 empapado en esencias olorosas,
 que so el bosque de tus frescas rosas
 ciñe tu talle, oh! Pirra, enamorado;
 ese á quien tú, esquivando placentera
 enredas en tu blonda cabellera?

Ah! cuánto llorará!... Mudables hados
 turbarán con tu engaño su contento,
 y habrán de sorprenderle conjurados
 el aquilón, la noche, el mar violento.

Gozando tus caricias cree constante
 tu amor de un día: absorto en tu belleza
 cree poseer la flor de tu pureza

y no recela tras de sí otro amante.
 ¡Quién fie en tus candores y sonrisas
 abre su vela á las falaces brisas!

Yo, libre de las olas, me desvío
 y de Neptuno en la pared sagrada,
 en testimonio del naufragio mío,
 mi veste, húmeda aún, dejo colgada.

Puede compararse la parodia con esta traducción, bastante ajustada al texto, aunque hecha sin tenerlo á la vista, por conocerlo.

Esto hace ver que, según sea el temperamento y disposición de ánimo de los traductores, y según el gusto de su época así serán sus traducciones variadas al infinito. ¿Cuál entre tantas será la mejor?—Aquella que más nos agrade.

III

¿Por qué no decirlo? Sin desconocer en Horacio al primero de los líricos latinos, no soy de sus más fervientes admiradores, y á serlo, no habría trepido en presentarlo íntegro, á mi manera, en lenguaje moderno. Pero, me detiene el ver que muchos de sus versos quedan fuera del círculo de nuestra vida actual, aún cuando sean dignos de reposar bajo un egregio monumento de mármol de Paros y bronce de Corinto. La más fiel traducción moderna de algunas de sus odas celebradas, es como la fotografía aplicada á reproducir las momias milenarias de las más bellas princesas del Egipto. Hoy, por la fuerza de las cosas, sus versos han palidecido y el hielo de la muerte ha amortajado algunas de sus odas. Recorrer aquellas poesías es contemplar el bosque, antes verde y florido, cuando ya lo cubre una blanca sábana de nieve. Ahí están todos sus árboles, pero, los más sin hojas, sin flores y sin nidos, sin luz ni amor!

Horacio, al son de su lira ajustada á los números eólicos, cantaba la grandeza de Roma encarnada en Augusto y rendía culto á las divinidades del Olimpo en que el pueblo creía i se intere-

saba con amor patriótico y religioso. Roma pasó, su Olimpo cayó hecho trizas, Augusto el incensado, al último de su existencia triste y solo se desvaneció como un espectro, y así, las que fueron realidades de la vida, cuando Horacio las cantaba ¿hoy qué son?—Meras sombras del Panteón de la historia que ya poco nos interesan.

Queda lo eterno, se me dirá, las máximas morales, las sentencias y pensamientos que el poeta sabía acuñar en versos de oro; de esos inolvidables, que los siglos se complacen en ir repitiendo de boca en boca. Convenido; y esas mismas máximas ¿qué son ante la nueva luz del Evangelio? Lo que las estrellas siempre hermosas ante la luz radiante del día.

La misma cadencia lesbiana de sus versos por él tan estimada, hasta el punto de fundar en ella su gloria y nombradía, hoy ya no se conoce. Sus versos hechos para cantados al son de la lira, hoy se recitan, y se recitan malamente, pues se ignora cuál fué su pronunciación y cuál su entonación rítmica.

Así pues, el Horacio de hoy sin el interés que Roma inspiraba á los romanos, sin la pompa viva de los dioses por él celebrados, con su moral palidecida por otra superior, sin la música y cadencia siquiera de sus versos celebrados, es un rosal sin rosas, un ave del paraíso despojada de buena parte de su plumaje espléndido.

Nos queda de Horacio la letra sin la música. En estas mismas ruinas se advierten otras ideas y gustos, que no son los nuestros; hay figuras y alusiones ya fuera de nuestro alcance ú oscurecidas por el tiempo, hay comparaciones y máximas deslustradas por el manoseo, costumbres hoy no comprendidas, ó repugnantes y abominables, y composiciones enteras suprimidas en los traslados por indecentes é indecorosas. Algunas son pueriles ó no nos inspiran ningún interés, porque fueron hechas para otros hombres, y otros tiempos y circunstancias.

Si hoy un poeta escribiese tal como Horacio, sin contar con el poderoso auxiliar del canto, es probable que fracasara y acaso pasaría inapercibido entre la muchedumbre moderna.

Declaro, por mi parte, aún cuando parezca una extravagancia, que sobre las tres mejores odas de Horacio superiores artísticamente, yo prefiero la *Profecía del Tajo*, y la *Vida del*

Campo de fray Luis y la *Oda al Céfiro* de Villegas, que me encantan, tanto más cuanto que las repito desde el colegio.

¿Cómo se explica, entonces, la adoración por este poeta latino á quien se ha rendido verdadero culto en los siglos pasados y hoy mismo se lleva la palma entre los hombres de letras?

Horacio, como el fénix, renació con el latín. Su nombradía por siglos olvidada, revivió á la luz del *Renacimiento* y ha sido mantenida desde entonces por los escolares, quienes, á fuerza de traducirlo, comentarlo y repetirlo de memoria en todas las aulas, concluyeron por gustar de él sobre todos los otros poetas de la tierra. Después, al amor de los recuerdos de colegio, enlazaron las rosas de la propia juventud á las del poeta favorito, y así los hombres de letras siguieron recitándolo y ponderando su valor, expansión natural del alma, que es comunicativa y forma las reputaciones y la fama.

Puede palpase esto que digo en la *Epístola á Horacio* de Menéndez y Pelayo, que siento no transcribir íntegra, pues es de notable mérito literario.

Me limitaré á reproducir lo que necesite para hacer sentir el aura amorosa del aula que enaltece á Horacio, y hoy lo hace vivir casi como en sus mejores tiempos, aunque bajo la acción galvánica que indico, la cual tiene no poco de convencional y de platónica.

Dice el poeta español, tan erudito y clásico:

—Yo guardo con amor un libro viejo...
 De diez generaciones escolares
 A la censoría férula sujeto...
 —Y ese libro es el tuyo ¡oh, gran Maestro!...
 ¡Cuántos se amamantaron en sus hojas!
 ¡A cuántos quitó el sueño ese volumen,
 Lidiando siempre por alzar el velo
 Que tus conceptos al profano oculta!...
 —Hiciste germinar á tu contacto
 Miles de ideas en algún cerebro,
 Llenástele de luz y de armonía
 Y al influjo potente de tu ritmo
 El ritmo universal le revelaste.

Por tí la antigüedad surgió á sus ojos,
Por tí Venus Urania, de los cielos
Bajó á la mente de adorarla digna
Y allí habitando cual perfecta idea
Dió vida á su pensar, norma á su canto.
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora
Al armónico son de tus canciones
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Del escolar en torno revolaba!...
—Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos:
Clámides ricas y patricias togas,
Quírites y plebeyos, senadores,
Filósofos, augures, cortesanas,
Matronas de severo continente
Esclavas griegas de ligera estola,
Sagaces y bellísimas libertas,
Aroma y flor en lechos y triclinios,
Múrrinos vasos, ánforas etruscas:
En Olimpia cien carros voladores,
En las ondas del Adria, la tormenta,
En el cielo, de Júpiter la mano,
La Náyade en las ondas de la fuente,
Y allá en el valle tiburtino oculta
La dulce granja del cantor de Ofanto...
—Todo en tí lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazón romano,
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
La ática sal, las mieles del Himeto,
El ditirambo que a los cielos toca,
El canto de Eros que inspiró Afrodita,
El *Otium Divos* que la mente aquieta,
Y el júbilo feroz con que en las cumbres
Del Citerón, en la ruidosa noche
Su leve tirso la Bacante agita.
La belleza eres tú: tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado...
—Todo, rey de la lira, lo abarcaste;

Pusiste en todo la medida tuya,
 El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
 La concisión, secreto de tu numen.
 En torrentes de números sonoros
 Despéñase tu ardiente fantasía,
 Mas nunca para el término prescritó
 Por la armónica ley que á los helenos
 Las hijas de Mnemósine enseñaron.
 ¡Tiempo feliz de griegos y latinos!...
 —Ven, libro viejo, ven, alma de Horacio:
 Yo soy latino y adorarte quiero...
 —¡Ven, libro viejo, ven, roto y ajado!
 Quiero embriagarme de tu añejo vino,
 A Baco ver entre escarpados montes,
 A Fauno amante de ligeras ninfas,
 A Hermes facundo y al intonso Cintio!
 Quiero vagar por los amenos bosques
 Donde la abeja susurró de Tíbur
 Y en los brazos de Lidias y Gliceras
 Posar la frente al declinar la tarde...

Y luego, como espantado de sus fantasías paganas y de su idolatría escolástica, exclama el poeta:

Pero otra lumbre
 Antes encienda el ánimo del vate:
 El vierta añejo vino en odres nuevos,
 Y esa forma purísima pagana
 Labre con pulso y corazón cristianos.
 ¡Esa la ley será de la armonía!

Verter el vino añejo en odres nuevos, sea también la ley de los traductores!

Esta Epístola, que pierde con no citarse íntegra, es para mí deliciosa, bien que, en general, noto que no agrada, acaso por falta de educación literaria para estimarla en su valor, ó acaso por su sabor pagano. Ella muestra claramente cómo del libro viejo del aula, brotan las abejas del elogio y las flores de la

fantasía exaltada con que los adeptos coronan al afortunado Horacio.

El elogio poético del lírico latino enaltecido por el crítico español con el más noble entusiasmo, contrasta grandemente con el juicio desdeñoso de Voltaire, aquel formidable desquiciador del mundo viejo.

Pasemos de un polo al otro polo, y oigamos ahora al filósofo francés:

«Me atreveré á preguntaros, señor, dijo Cándido, si no es para vos un gran placer la lectura de Horacio?—Hay allí ciertas máximas, replicó Pococurante, de las cuales saca partido el hombre de mundo, y esas, por estar contenidas en versos enérgicos, se graban más fácilmente en la memoria; pero, en realidad, me importa muy poco su viaje á Brindis, su descripción de una mala cena, y su riña de gañanes entre un cierto Pupilus, cuyas palabras, dice el poeta, estaban llenas de pus, y otro sujeto de palabras avinagradas. He leído con extremado disgusto sus versos groseros y asquerosos contra las viejas y las brujas; y no veo qué mérito puede haber en decir á su amigo Mecenas, que si él lo coloca en el rango de los poetas líricos, tocará los astros con su frente sublime. Los tontos lo admiran todo en un autor estimado. Yo sólo leo para mí, y juzgo por mí mismo; *je n'aime que ce qui est à mon usage.*»

«Cándido, enseñado á no pensar jamás por sí mismo, estaba asombradísimo de lo que oía; mientras que Martín hallaba muy puesto en razón lo que Pococurante pensaba.»

Entre ambos polos está el ecuador resplandeciente; y la verdad entre ambos extremos. Horacio que alza ante los dioses su Canto Secular, desciende á veces á cantar al ajo maloliente con que Medea ungió á Jasón.

Pero no se le juzgue por ninguno de esos extremos si se quiere tener su medida verdadera.

Si Voltaire desdeñosamente vuelve á Horacio la espalda, Menéndez declara que para él, en punto á lirismo, Horacio es el *summum* de la perfección artística.

Ello es que este gran poeta, apesar del polvo de los siglos,

tiene aún numerosos adoradores, quienes de generación en generación, renuevan sus laureles.

Profética fué su voz cuando dijo: *Non omnis moriar!*

El mismo Voltaire lo reconoce. En prueba de ello tomamos algunos versos de su «Epístola á Horacio» para atemperar el crudo juicio emitido en el *Cándido*. Oid:

Je t'écris aujourd' hui, voluptueux Horace,
 A toi qui respiras la mollesse et la grace,
 Qui, facile en tes vers, et gai dans tes discours,
 Chantas les doux loisirs, les vins et les amours...
 —Tout passe, tout périt, hors ta gloire et ton nom;
 C'est là le sort heureux des enfants d'Apollon.
 Tes vers en tout pays sont cités d'âge en âge:
 Hélas! je n'aurai point un pareil avantage...
 —Plus que toi j'ai vécu; mes vers dureront moins;
 Mais au bord du tombeau je mettrai tous mes soins
 A suivre les leçons de ta philosophie,
 A mépriser la mort en savourant la vie,
 A lire tes écrits pleins de grace et de sens,
 Comme on boit d'un vin vieux qui rajeunit les sens.
 Avec toi l'on apprend á souffrir l'indigence,
 A jouir sagement d'une honnête opulence,
 A vivre avec soi-même, á servir ses amis,
 A se moquer un peu de ses sots ennemis,
 A sortir d'une vie ou triste ou fortunée
 En rendant grace aux dieux de nous l'avoir donnée.

En lo que ahora más nos importa, citaremos el juicio del famoso retórico Hugo Blair, formulado en estas palabras, idénticas á las de Menéndez: *For líric poetry, Horace stands quite unrivalled.*

Por último, coronaremos este trabajo reproduciendo el hermoso apóstrofe de D. J. de Carvajal, lleno de poesía y de amor al gran poeta.

«Maestro: hasta otra vez, que vuelva á beber en el hueco de la mano el agua fresca de tu favorita Digentia, y á pasear mis

ocios poéticos por el monte á donde acuden los faunos de pie ligero para amparar á tus cabros de los ardores estivales y de los vientos lluviosos. Hasta otra vez que, también me explye hablando de tí, de tus amigos y de tus queridas, puestas por la pasión de tus sentidos en el firmamento de la inmortalidad, cual estrellas que giran en torno de su astro. Hasta otra vez, que examine más despacio cómo la armonía del discurso procede de la concordancia y proporción entre el fondo y la forma, y cómo el sentimiento es el jugo de tus versos, la concisión su ánfora, la elegancia su hechura y la imaginación su barniz. Hasta otra vez, que diga por qué arte pudiste sabrosamente mezclar el vino de Sicilia con las moreras de Grecia. Hasta otra vez, que declare cuán superior fué tu temperamento nervioso y agudo para el poema satírico, al de Juvenal sanguíneo y al de Boileau bilioso. Hasta otra vez, que te vea como preceptista dictar á todas las literaturas y á todos los siglos, las reglas del arte. Hasta otra vez, poeta del corazón humano y del buen sentido, dechado de los hombres cultos, de quien dijo Fenelón, que ningún otro ha dado á la palabra giros más felices para que exprese un sentido bello con brevedad y compostura. Hasta otra vez, que hable de tu alma propicia á la gratitud, á la amistad, á la honradez y á la patria. Amaste lo pasado con un amor vivo y purísimo, que se reflejó sobre tu anciano padre, de cuya descendencia te enorgullecías y la ostentabas enfrente de la de Mecenas, nieto de reyes; amaste lo presente en las mujeres que revolaban, zumbando sus caricias en tus oídos, á manera de abejas atraídas por la miel de tus labios; esquivaste la noción de mañana y no amaste lo futuro, porque éste es un sentimiento cristiano, y tú bebiste tus inspiraciones y tu serena conformidad en la corriente cristalina de Castalia, cuya música suena á sonrisa placentera, y no pudiste beberlas en el agua opaca del Jordán, cuya música suena á suspiro melancólico. ¡Ah! Horacio, lo has conseguido: has levantado un monumento más perenne que el bronce, más alto que las pirámides de los reyes, que no podrán destruir ni las excavaciones de las olas, ni el aquilón indomable, ni la serie eterna de los años, ni la fuga de los tiempos. *¡Non omnis moriar!* Nó: no mueres y burlas á las Parcas. Al Capitolio no sube ya la callada vestal, junto al Pontífice severo;

pero tu gloria sigue creciendo y creciendo, y desde las orillas en que se revuelve el Aufo impetuoso hasta los campos cercanos en que Dauro, alzándose desde su humildad al poder, rigió pueblos agrestes, y aún más allá, á donde no llegó tu fantasía, se dice que fuiste el primero que con metro eólico cantó en lengua latina. Las musas se hierguen orgullosas y llenas de alegría ciñen tu frente inmortal con el laurel de Delfos. Lograste cuanto quisiste, pues, llegó á golpear las estrellas tu vértice sublime.»

